



www.loqueleo.com/co

La casa de Bernarda Alba

Prólogo y coordinación pedagógica: Fernando J López

Taller literario: Cristina Juarranz

Edición crítica: Paloma Ferrer

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

2019, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

ISBN: 978-958-5444-64-5

Impreso en Colombia por Editora Géminis S.A.S.

Primera edición en Loqueleo Colombia: agosto de 2019

Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2019

Directora de la colección: Maite Malagón

Editora ejecutiva: Yolanda Caja

Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CLÁSICOS

La casa de Bernarda Alba

Federico García Lorca

PRÓLOGO Y COORDINACIÓN PEDAGÓGICA
FERNANDO J LÓPEZ

TALLER LITERARIO
CRISTINA JUARRANZ

EDICIÓN CRÍTICA
PALOMA FERRER

loqueleg

Voces contra el silencio

BERNARDA En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Haceros cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas.

En esta obra universal de Lorca, *una* de las máximas voces de nuestra literatura, nos adentramos en la vida de una familia de mujeres, todas ellas encerradas en una misma casa, espacio claustrofóbico cargado de significado simbólico. Pero la historia de estos personajes, aparentemente alejados de nuestro tiempo, es –en realidad– también la nuestra, porque esas paredes se convierten en espejo de los muros que nos rodean a todos y que, en ocasiones, nos sentimos incapaces de derribar. Muros como los que desafía Adela, la más rebelde de las hijas de Bernarda Alba, que se alza contra ellos con toda la fuerza de su juventud:

ADELA A un caballo encabritado soy capaz de poner de rodillas con la fuerza de mi dedo meñique.

A fin de cuentas, tal y como les sucede a ella y a sus hermanas, todos nos sentimos encerrados alguna vez. Por nosotros mismos, por los demás, por normas que no acabamos de comprender, por la costumbre impuesta, por la opinión ajena... La obra dibuja con aguda precisión todas esas fronteras que nos rodean, tanto las más visibles como las más sutiles, de modo que su argumento va más allá de lo anecdótico y pasa a convertirse en conflicto universal.

¿Quién no ha tenido en más de una ocasión la necesidad de rebelarse? ¿Quién no ha deseado sentirse tan fuerte como esa Adela capaz de dobligar «a un caballo encabritado» para así poder romper prejuicios y cadenas? Lectores y espectadores encontramos, escena a escena, nuestro propio lugar dentro de la casa en la que sucede la acción, porque reconocemos en ese pueblo que juzga y critica a la sociedad que todo lo cuestiona y comenta en nuestro siglo XXI. Poco importa si los rumores se transmiten desde la oralidad –entonces– o a través de retuits y cadenas de whatsapps –ahora–, la voz de los demás sigue condicionando lo que hacemos, lo que sentimos y lo que decimos sentir, así que no parece difícil hallar semejanzas entre las cadenas que oprimen a las hijas de Bernarda Alba y las que nos encarcelan a nosotros.

En esta obra, el aliento vital de las hijas halla su principal obstáculo en la figura –tirana y de trazo mítico– de Bernarda Alba, una madre represora y cargada de autoridad que controla la vida de todas ellas. Sin embargo, tampoco su aparente despotismo es casual ni arbitrario, sino coherente resultado de la prisión social en que vive

la mujer de la época. Un mundo del que, por desgracia, aún nos quedan demasiados límites que borrar y muchas fronteras que cruzar en el camino hacia la igualdad real. Se nos ofrece así una visión feminista y comprometida de la sociedad, rasgo habitual en la literatura lorquiana y que, además, se enriquece con muchas más lecturas posibles. Porque en esta obra no solo hay una clara y firme denuncia de la situación de la mujer de su tiempo, sino también –o quizá, sobre todo– una honda reflexión sobre la libertad del ser humano, sea cual sea su tiempo, su lugar o su sexo.

Las hijas de Bernarda son esclavas de la opinión ajena, de la voluntad de su madre, de sus propias contradicciones e incluso de sus nombres. Martirio, Angustias, Magdalena... El destino de los personajes se dibuja de manera trágica en todos los elementos que componen esta pieza, cuya precisión técnica y estructural refuerza esa sensación de claustrofobia que experimentamos desde el primer acto. ¿Cómo podemos escapar de todo cuanto parece controlarnos? ¿Es posible acabar con los límites que estrechan nuestra vida y amenazan con empequeñecerla cuando solo deseáramos, como lo desea Adela, que sea libre y apasionada?

No parece fácil conseguir semejante propósito en la situación con que se abre esta obra: un luto que ha de durar ocho años. Es este hecho el primero en transformar el espacio, de modo que la casa se vuelve cárcel –y, aún más trágicamente, tumba– para la juventud de las protagonistas. Quizá por eso, entre otros muchos motivos, la lectura de esta obra resulte siempre igual de dolorosa.

Y de apasionante. Porque no es posible escapar a su atmósfera, asfixiante y densa, ni al magnetismo de sus personajes, ni a la destreza con la que su autor dibuja los secretos que se ocultan entre esas paredes.

ADELA No, no me acostumbraré. Yo no quiero estar encerrada. ¡No quiero que se me pongan las carnes como a vosotras! ¡No quiero perder mi blancura en estas habitaciones! ¡Mañana me pondré mi vestido verde y me echaré a pasear por la calle! ¡Yo quiero salir!

Y frente al encierro, la opresión y la muerte, el «no me acostumbraré» de Adela, uno de los gritos a favor del inconformismo más hermosos –y terribles– de nuestra historia literaria. No podemos evitar que nos duela el destino trágico de los personajes de esta obra y, quizá por eso mismo, sus palabras se quedan para siempre en nosotros y nos recuerdan la necesidad de la búsqueda, de la rebeldía, de trazar el camino hacia nuestra propia identidad. Frente a la resignación y el silencio que defiende Bernarda, armada siempre de su bastón de mando, la opción transgresora de Adela, antagonista de una función coral donde su voz suena tan distinta como el vestido verde con el que la vemos en una de las escenas más celebres del drama.

Voces frente a silencio. Verde lorquiano frente a negro fúnebre. Rebeldía frente a tiranía. Y la lucha por la libertad –por ser quienes somos– en cada escena de esta obra atemporal.

Fernando J López

La casa de Bernarda Alba

Federico García Lorca

LA CASA DE BERNARDA ALBA

Drama de mujeres en los pueblos de España¹

PERSONAJES²

BERNARDA	60 años
MARÍA JOSEFA	(madre de Bernarda), 80 años
ANGUSTIAS	(hija de Bernarda), 39 años
MAGDALENA	(hija de Bernarda), 30 años
AMELIA	(hija de Bernarda), 27 años
MARTIRIO	(hija de Bernarda), 24 años
ADELA	(hija de Bernarda), 20 años
CRIADA	50 años
LA PONCIA	(criada), 60 años
PRUDENCIA	50 años
MENDIGA	
MUJERES DE LUTO	
MUJER 1. ^a	
MUJER 2. ^a	
MUJER 3. ^a	

1. El poeta no se ciñe a un ámbito local o regional. La presencia de lo andaluz en elementos del entorno y el contexto –casas de paredes blancas, olivares, verano calurosísimo...– es accesoria para la comprensión de la obra.

2. La crítica ha señalado el carácter simbólico de los nombres de los personajes. En esta presentación destacan también las edades, cuidadosamente calculadas, de modo que se correspondan con la conducta y la actitud de los personajes.

MUJER 4.^a
MUCHACHA

El poeta advierte que estos tres actos tienen la intención de un documental fotográfico.

ACTO PRIMERO

Habitación blanquísima del interior de la casa de BERNARDA. Muros gruesos. Puertas en arco con cortinas de yute rematadas con madroños y volantes. Sillas de anea. Cuadros con paisajes inverosímiles de ninfas o reyes de leyenda. Es verano. Un gran silencio umbroso se extiende por la escena. Al levantarse el telón está la escena sola. Se oyen doblar las campanas³.

(Sale la CRIADA).

CRIADA Ya tengo el doble de esas campanas metido entre las sienas.

PONCIA *(Sale comiendo chorizo y pan)*. Llevan ya más de dos horas de gori-gori⁴. Han venido curas de todos los pueblos. La

3. La descripción del marco está cargada de simbolismo: el color blanco se relaciona con el carácter intachable de la moral de Bernarda y su familia; los muros gruesos favorecen el aislamiento del exterior; el arco es símbolo de la muerte en Lorca; los cuadros, con paisajes fantásticos, son quizá una proyección de los deseos de las habitantes de la casa. El silencio solo es roto por el sonido de las campanas, que aquí doblan («tocan a difuntos»).

4. *gori-gori*: voz onomatopéyica, modo vulgar o popular de referirse a los cantos que se entonan en los funerales.

yute
tejido que se obtiene de la corteza de ciertas plantas exóticas

madroño
borla pequeña, semejante al fruto del árbol del mismo nombre

anea
planta parecida al junco, cuyas hojas se utilizan para fabricar asientos de sillas, esteras, etcétera

umbroso
lleno de sombras o que las produce

responso
parte del rezo
de difuntos
en la que se
pide por su
salvación

orza
vasija
de barro
empleada
generalmente
para guardar
alimentos

tranca
palo grueso
que se coloca
detrás de
puertas o
ventanas
para asegurar
su cierre

ganzúa
alambre
fuerte y
doblado, que
sirve como
llave

iglesia está hermosa. En el primer responso se desmayó la Magdalena⁵.

CRIADA Esa es la que se queda más sola.

PONCIA Era a la única que quería el padre. ¡Ay! Gracias a Dios que estamos solas un poquito. Yo he venido a comer.

CRIADA ¡Si te viera Bernarda!

PONCIA ¡Quisiera que ahora, como no come ella, que todas nos muriéramos de hambre! ¡Mandona! ¡Dominanta⁶! ¡Pero se fastidia! Le he abierto la orza de chorizos.

CRIADA (*Con tristeza, ansiosa*). ¿Por qué no me das para mi niña, Poncia?

PONCIA Entra y llévate también un puñado de garbanzos. ¡Hoy no se dará cuenta!

VOZ (*Dentro*). ¡Bernarda!

PONCIA La vieja. ¿Está bien encerrada⁷?

CRIADA Con dos vueltas de llave.

PONCIA Pero debes poner también la tranca. Tiene unos dedos como cinco ganzúas.

VOZ ¡Bernarda!

PONCIA (*A voces*). ¡Ya viene! (*A la CRIADA*). Limpia bien todo. Si Bernarda no ve relucientes las cosas me arrancará los pocos pelos que me quedan.

CRIADA ¡Qué mujer!

5. *la Magdalena*: la anteposición del artículo al nombre propio es un rasgo vulgar que se repite en la obra y caracteriza el habla de Poncia.

6. *¡Dominanta!*: vulgarismo.

7. Bernarda y María Josefa (la vieja) se presentan antes de aparecer en escena.